

sólo por una selecta minoría—como pasaba con el cautivante Rémy de Gourmont—sin llegar a despertar el interés pueril y melodramático de las grandes masas lectoras.

Con ello ganaríamos mucho: América tiene ya y puede seguir dando ensayistas. Pero este joven escritor chileno, puede perseverar en su camino de excepción, en vez de petrificarse en la categoría de los severos auscultadores de la realidad. Si se frustra el escritor de grandes públicos, quedará siempre el artista que perdure en el camino del tiempo. Y esto es cardinal para la estética del alma americana.

«Pacífico-Atlántico» es un gran libro. En sus páginas apretadas de verdad y de belleza, un potente sol de mediodía alumbraba los designios que presiden la literatura de Domingo Meifi.—
FERNANDO DIEZ DE MEDINA.

La Paz—Bolivia—1935.

(Del capítulo «La Sangre Interior de nuestra América», del libro de ensayos en prensa de Fernando Díez de Medina, intitulado «El Velero Matinal.»)



A PROPÓSITO DE «AMÉRICA LATINA» DE *André Siegfried*

El libro de Siegfried cae en una atmósfera saturada del tema. El vocablo diplomático se ha hecho expresión sociológica y terminará en valor metafísico cuando América latina sea el nombre ya indescifrable, es decir, definitivo, de una cultura.

Pero no es la corteza política la que hay que morder para encontrar el jugo de la vida nueva y sentir el sabor de los años viejos. El solo vaivén de la democracia, banderola oscilante en los aceros que guardan los palacios gubernativos, si centralizó ayer un panorama sociológico, hoy día es el aleteo de un ave

agónica y su diagnóstico en la América latina es el diagnóstico de un mal universal.

Precisamente debe destacarse que estamos en un caso en que nos vinculan al mundo todos los valores en decadencia.

Examinar la vida latinoamericana a través de la democracia ya no tiene sentido hoy día, de la misma manera que, dentro de poco, no tendrá sentido auscultar la inquietud universal a través del socialismo. Y aunque es cierto que la andanza política fué espectáculo exclusivamente de nuestros países, el clisé que resultó lo hicieron, en las horas aburridoras del océano, todos los viajeros que pasaron, como en una fuga, de capital en capital.

Del mismo Siegfried se desprende que la vida política que ahora vive la América latina es la misma de toda su centuria. Tiranía, dictadura, democracia, constitucionalidad, son palabras de un lenguaje especial de tipo latinoamericano. Es la secuela de la Revolución; y resulta doloroso puntualizar que ese lenguaje todavía es indispensable para romper ciertos estados de petrificación colonial como el de la vida en los Andes peruanos y en muchas regiones de los trópicos.

Este hecho de que todavía se necesite en algunos países de nuestro continente una revolución francesa—que en muchos otros es una sólida posición conservadora—expresa una vez más el desnivel sociológico en que vivimos.

De manera que, del todo, no es en el campo social sino en el terreno político donde la revolución está agotada. Es la distancia que va de los derechos del hombre a los derechos del ciudadano. Por lo cual, al examinar el cuadro de nuestra América con un criterio pasadista, no se llegará sino a una larga cadena de constataciones tan corrientes, que van desde el ponderado discurso parlamentario hasta el editorial estéril del periodista sin orientación, para concluir en el corrillo de café donde el hombre cualquiera—el Babbit que ejemplariza a Siegfried—dicta y lee sus pensamientos.

Lo inobjetable es que la interpretación de nuestra vida

continental escapa ya a la media docena de principios clásicos de la democracia. Resultan ellos una malla demasiado espaciada para aprisionar todo el espíritu de un continente, que por primera vez ha decidido ser nuevo. Al encuentro de las formas políticas envejecidas y succionadas por cien años de polémica y de exclusión y restauración, avanza un espíritu nuevo, más interesado por los contenidos que por las formas, por los hechos que abren nuevos caminos a la historia que por las llaves que no pueden ordenar el metabolismo de un sistema sin interrumpir todas las corrientes.

La América latina osciló siempre entre el mandón inferior, con trazas de caudillo y el encasillado, muchas veces infecundo, de los principios democráticos y sus traducciones constitucionales. Estuvo ausente la tercera posibilidad, la única grande para pueblos como los nuestros, de colosales energías idealistas: la del dirigente de acción creadora y meta clara, aunque fuera distante. Hay ejemplos honrosos de hombres que representan esa tercera posibilidad, sobreponiéndose a las veintenas de políticos de buffet o de foete. Citemos algunos casos como el de Bolívar, Sarmiento, Haya de la Torre y ciertos hombres de la revolución mejicana.

El hispanismo castizo fracasó donde más debió estar presente: en el sentido mesiánico de la política. El progreso, para pueblos en estado de virginidad, debió tener un valor romántico y religioso. Pero sucedió que ante las perspectivas sin fin que ofrecía el futuro, apenas asoma el hombre visionario, apenas si surge la nota de estoicismo y videncia del santoral ibero o la heroicidad del carácter del hidalgo de los buenos siglos españoles.

En cambio, no hemos visto otra cosa, por lo general, desde los primeros años de la libertad, que la política transformada en un gran banquete y el Estado convertido en un gran municipio.

En Bolívar, en Sarmiento, en Juárez, en Haya de la Torre, el porvenir del continente, y el de su propio medio político, se levanta como una ciudad fantástica con todos los contornos de la creación; y, sin embargo, ¿qué políticos hubo más realistas que

ellos? ¿Qué otros hurgaron más hondo, con sus propias manos, en la cruda realidad del presente y del pasado?

Tengo la idea — acaso contra pensamientos míos de otros días— de que el caudillo jugó un papel benéfico en nuestras repúblicas, salvo excepciones de mediocres afortunados y opacos, que llegaron al poder por un acto de piratería política. Con un excelente contenido podría escribirse el ensayo «Influencia del caudillismo en la incorporación del pueblo en la vida política», cuyo reverso sería: «El colonialismo de la vida latinoamericana bajo los regímenes democráticos constitucionales».

No hay que trazar de norte a sur la marca definitiva de que el progreso de las naciones latinoamericanas dependió de la solidez constitucional. Fuera de los caudillos renovadores y progresistas auténticos que, o rompieron la constitucionalidad o llegaron al poder por la vía regular, encabezando un partido de lucha, multitud de otras causas, ajenas al entrar y salir de funcionarios en el palacio de gobierno, intervinieron en este avance de cien años hacia la civilización.

Ahora la América latina se ha intensificado. Ya no será más un mero espectáculo político; se está haciendo, día a día, una expresión sociológica. La política latinoamericana podrá por cincuenta años más mostrar los mismos fenómenos, pero sociológicamente, la «otra América» seguirá su decurso, y aunque muchos transeúntes se acomoden en el mismo sillón presidencial, los del llano no podremos bañarnos dos veces en la misma corriente de la vida americana.

Es claro que me refiero a los profesionales en el ramo y no a la política de los orientadores y reformadores, a las grandes ambiciones de los meditadores aislados, en cuyas perspectivas lejanas se cuaja siempre la vida nueva y mejor.

* * *

Hasta el libro de Francisco García Calderón (sobre «Las democracias latinas de América»), pudo juzgarse la vida latino-

americana desde los balcones de un Congreso Constituyente. Después, todo buen observador tendrá que buscar las raíces de la América nueva en las llanuras, en los Andes, en la selva y, principalmente, en el habitante, no como ciudadano sino como hombre.

Desde hoy, para encontrar nuestro propio camino, antes que fabricar ciudadanos tendremos que edificar al hombre. El hombre cae en el ciudadano, es decir, en los estatutos pasivos de la democracia, cuando ya ha cumplido con el núcleo de su programa colectivo. La democracia es la siesta social tras la tarea creadora.

La gran anomalía de la vida latinoamericana, está en que al caudillaje dictatorial se opuso, previamente y a ciegas, las sagradas escrituras del liberalismo democrático. ¿Quién sabe si el caudillaje idealista (siempre de más visión que el presidente inventado por el consorcio nocturno de los partidos), quiso cumplir aquella etapa previa de organización y orientación de los hombres?

Muchas veces, por un lado la inferioridad del caudillo y por otro la incompreensión de los inteligentes, malograron los comienzos de una vida vigorosa y fecunda, que habría edificado un poco antes un haz de pueblos con su destino propio.

Se ven, pues, dos políticas en la América latina; la política del fruto caído y la política de la raíz que germina.

Hasta la revolución mejicana no hubo excepción al primer caso. Desde 1810 hasta 1910, si se quiere un rodillo de cien años de peso, se estrujaron todos los principios democráticos, liberales y republicanos. ¿Qué valor tiene hoy afirmar, con tono de añoranza y de lamento, que la democracia no se cumplió en nuestra América? Sin embargo, el fruto está ya caído, está enteramente agotado, sin que el pueblo latinoamericano haya comido multitudinariamente de él.

El turismo de las constataciones, una vez más, es acertado en Siegfried. Nada tan exacto como esa breve descripción del papel de los ejércitos latinoamericanos y del brusco ir y venir

de la fuerza en la política. También descubre con facilidad las diferencias que hay entre los países tropicales y los del sur, en donde, a pesar de las conmociones recientes, hay hondo y triunfante apego a las tradiciones en la vida pública.

Siegfried conocía antes de su viaje lo que después narró. Siempre se ha hablado con acierto al describir el proceso político de lo América latina. Otra cosa es descender de la corteza descriptiva y hundirse en el torrente de causas sociológicas y psicológicas en acción, lo que han hecho muy pocos estudiosos que han resultado ser los menos leídos y creídos.

Lo que interesa a las generaciones intelectuales nuevas no es la simple constatación de realidades históricas. Los nuevos espíritus esperan opinión y orientación, y hasta orden de ataque, si el pensador que se preocupa de América es uno de los nuestros.

El porvenir de la América latina no es sólo un interés nuestro, sino también de la humanidad. Nunca más que ahora se ha deseado construir algo nuevo con o contra la presencia del pasado. Interesamos a la humanidad como presa o como refugio, y este hecho importantísimo e inquietante, ahora que se estremece nuevamente Europa, no puede dejarnos indiferentes. Por eso, todo entretenimiento sin finalidad ulterior en revelarnos cómo vivimos ayer la vida política, son kilómetros de recodos en el camino que debemos elegir y comenzar.

Sobre todo en el caso nuestro, en que la historia no fué un sistema armonioso y en que la tradición social es muy débil, se pueden trazar como fruto de un impulso autónomo, ciertas trayectorias del porvenir. Aun en aquellos terrenos complicados, como el de la cultura y el de la raza, el espíritu de creación puede ser fecundo y labrar la tonalidad definitiva del futuro.

Lo más lamentable en nuestras repúblicas es que el instrumento político, tan eficaz para las resurrecciones de otros países, se encuentra entre nosotros sin fuerza y sin autoridad, de-

masiado sujeto a la tradición, demasiado microcósmico en sus alcances.

Por eso, el temor de que el predominio de los políticos administradores sobre los políticos mesiánicos postergue todavía por una generación más la militarización general del alma latinoamericana, para dictarse las bases de su progreso y de su propio estilo de existencia.

* * *

Hay en Siegfried dos afirmaciones que resultan lo más personal e interesante de su libro: el catolicismo y la persistencia de la hispanidad.

A partir de estas dos cuestiones, ha podido iniciar un estudio sociológico profundo del porvenir de las sociedades latinoamericanas. Tiene enorme importancia hoy día examinar detenidamente esos dos problemas. También en América el problema religioso va adquiriendo caracteres básicos para interpretar su destino. Ya sabemos que desde Massis hasta Berdiaeff, el catolicismo latino como salvación, o como canto de bien morir, está jugando en las preocupaciones filosóficas y sociales del mundo.

A la América latina le interesa, por ejemplo, la revolución violenta dentro del catolicismo para resolver la crisis del principio del sentido histórico y para remozar en el espíritu el paisaje de fondo de los grupos directores.

Entender, pues, el catolicismo en su sentido tradicional es hacer una constatación más. No es entonces una gran profecía afirmar que la América nuestra continuará dentro de la tradición católica latina, y que esta línea no será mellada por el protestantismo como iglesia, o la masonería como factor de progreso social, o, finalmente, por las degeneraciones fetichistas, cuya lenta desaparición, al contrario de creciente peligrosidad, Siegfried no ve.

Situar nuestro destino dentro de aquel catolicismo que gi-

ra sobre sí mismo, con una parsimonia invernal, no es ningún signo optimista para quienes en la desorientación de los espíritus esperan un nuevo evangelio. Precisamente, creo que no hay más camino para la revolución del mundo, si espera crear valores permanentes, que la revolución religiosa, quiero decir, la revolución dentro del cristianismo católico. Acontecimiento supremo de doble dirección: en la Europa hiperestésica hacia el conformismo medioeval, dejando el dolor, la alegría, el triunfo y la derrota al juicio de Dios; en la América latina, sembrando una nueva pasión unánime que organice los espíritus hacia un solo fin, ajeno a las coordenadas históricas del mundo oriental y occidental.

Ambas tradiciones, ibérica y católica, se completan. Es natural que la primera, por su propia fuerza, apoyada en la raza, el idioma y la historia, tenga que ofrecer una valla invulnerable a la invasión de psicologías extrañas.

Tiene que ser una esperanza de eternidad el palpitar de veinte repúblicas, que renuevan su hispanismo resucitando las viejas y mejores virtudes peninsulares, que renuevan su religiosidad, cogiendo del acervo cristiano los valores optimistas y del orden católico el sentido de unidad y de voluntad de triunfar.

Sólo con un reexamen de la hispanidad y con una revolución religiosa, puede ser compatible el movimiento indoamericano de raíces autóctonas. De otra manera, este movimiento, si no va de frente contra los gastados valores hispanocatólicos de hoy carecerá en absoluto de importancia y no logrará realizar en el eje mismo de la vida continental, lo que tan rotundamente ha comenzado a imponer en el arte y la literatura.

A flor de todo impulso caótico, nadie sabe a dónde le lanzará el torrente. Estas generaciones idealistas que surgen, carecen todavía de orientación más allá del campo político. Es a ellas a las que hay que adiestrar en ese mundo denso y fecundo de la revolución religiosa, y en la revisión sin piedad de los valores espirituales de la raza. El problema, en cambio, se presen-

ta más definido y fácil en cuanto al tercer acorde de la armonía, el de la insurgencia de las premisas autóctonas, que yo quisiera ver como centro de la historia nueva de la América latina.

De manera que para hablar de los destinos de nuestra América, hay que comenzar desde la última página del libro de Siegfried. Se dirá, tal vez, un libro descriptivo, como escrito para europeos; un libro de viajes espirituales para reanudar la vieja literatura de «noticias» que llegaba a los puertos de Europa. Pero el hecho es que el libro tiene gran cotización latinoamericana y que sólo aquí será leído con interés, máxime cuando su traductor, Luis Alberto Sánchez, le ha dado con sus finales de página un ambiente hogareño.

Santiago, abril, 1935.

RAMIRO PEREZ REINOSO.



«LAS BARCAROLAS DE ULISES», *por Jacobo Danke*

I

Forma y contenido influenciados por el mar. La música de estos raros poemas, claros y oscuros, tiene mucho de áspera, salobre y atormentada. Cuando se sale del mar, adquiere un tono suave de penumbra o de luz infantil. En estos versos hay un eco de olas atropelladas, una como prolongación de esa orgía disparatada que es la vida del mar. El mar de Jacobo Danke es un ser orgánico, apasionador y apasionado, un personaje tan emocional como los desertores músicos que describe en «Verificación del Circo». Este mar que cabe en las manos de Jacobo Danke, no pierde su plasticidad. El poeta es más exacto en las sensaciones visuales que en las auditivas y de allí el extraordinario interés de su temática marina.

Modelado, color, música. El mar se mimetiza en la emo-